

La lección de pintura

Por Carlos Ruiz-Tagle

Pocas cosas menos atractivas que el pueblito de Llayllay, donde transcurre gran parte de la novela *La lección de pintura*, de Adolfo Couve. Editada recientemente por medio de un convenio entre Editorial Pomaire y Fundación BHC para el desarrollo, tiene sólo 98 páginas.

Su autor, que se ha ganado fama de enigmático, ha dado a conocer anteriormente *Alamiro*. En los desórdenes de Junio, *El Picadero* y *El tren de cuerda*. Su profesión es la de profesor de Historia del Arte en las universidades Católica y de Chile.

El primer personaje que aparece es Elvira, madre soltera que está en el Hospital de San Felipe y a la cual sus padres, apenas nacido, quieren quitarle su hijo. Pero ella no está de acuerdo y una mañana, de madrugada, sin ser vista, hurta sus ropas a una viuda ... y se transforma en viuda, la viuda Medrano.

En Llayllay, el pequeño Augusto parece no haber tenido una infancia muy feliz porque se lo pasa lo más del tiempo dentro de un barril donde "giraba en redondo intentando parecer erguido".

La verdad es que este libro de Couve no consigue agarrar al comienzo. Descripciones nimias, falta de anécdotas, morosidad. La obra interesa desde que Augusto, el pequeño, empieza a pintar.

El farmacéutico Aguiar es el intelectual del pueblo de Llayllay, el primero que se interesa por los garabatos de Augusto, el pequeño pintor.

—¿De dónde has copiado esto? —inquirió en cierta ocasión al observar el dibujo de una carretela igual a la de la droguería, tirada por un caballo que mostraba un escorzo complicado.

—No he copiado: lo hice de memoria —replicó Augusto. "Aguiar, sin decir palabra, dobló la hoja y se la echó al bolsillo".

La sensación de Aguiar es la de tener, en ese niño, un talento verdadero. No dura mucho en su compañía porque Augusto se traslada a Viña del Mar, donde tiene otro preceptor, De Morais. Se comenta el Parque Vergara, en especial su museo y De Morais tiene algunas opiniones pintorescas sobre esto y aquello. Opina que el arte es cuestión de los jóvenes y que después de los 50 años hay que dedicarse a Dios.

Lo notable es la generosidad de De Morais. Piensa más en Augusto, el joven, que en sí mismo y se da por entero.

El ambiente de esta novela es gris, opaco, un poco desmayada en la acción. Se trata de una obra muy poco convencional, escrita por un autor que domina por lo menos dos oficios: el de la pintura y el de la literatura.